La Mañana

UNICOS IMPORTADORES DE
Sal de Cádiz y Sal de Torrevieja
Las mejores e insustituibles para salazones. — SALINERA ESPAÑOLA. Ballester y Molina, S. A. — CERRO LARGO 934. — MONTEVIDEO

AÑO XIX—Núm. 6511 | ADMINISTRACION: Cerrito 787 DIRECCION: Ciudadela 1478 | Teléfonos automáticos: 80-891, 80-892, 80893 | MONTEVIDEO, MARTES 22 DE OCTUBRE DE 1935 | Redactor responsable: Dr. A. H. Pérez Olave Domicilio: 25 de Mayo 695 | Agencia en Bs. Aires: Venezuela 1455. Dp. C | TALLERES: Ciudadela 1484 PUBLICIDAD: Ciudadela 1501

UNA PAGINA DE ADOLFO AGORIO

La Insurrección de los Payadores

Publicamos a continuación algunos fragmentos profundos, ensayo leído en la sala del SODRE en conmemoración del Día de la Raza cuya organización estuvo a cargo de la Sociedad Criolla fundada por el inolvidable Dr. Elías Regules.

Siempre que se ha tratado de abordar el estudio de los payadores, la tarea del investigador tropieza con una falta casi absoluta de documentación. Puede afirmarse desde ahora que el gigantesco patrimonio de arte y de historia que significa la presencia en nuestro folklore de ese originalisimo elemento de vida no ha durado más allá que la canción misma. Todo un esfuerzo secular de creación artística se ha perdido en el aire de nuestros campos. Pero el paisaje que recogió la agonía de los últimos ritmos ha trasmitido a través de la tradición oral algunos fragmentos dispersos.

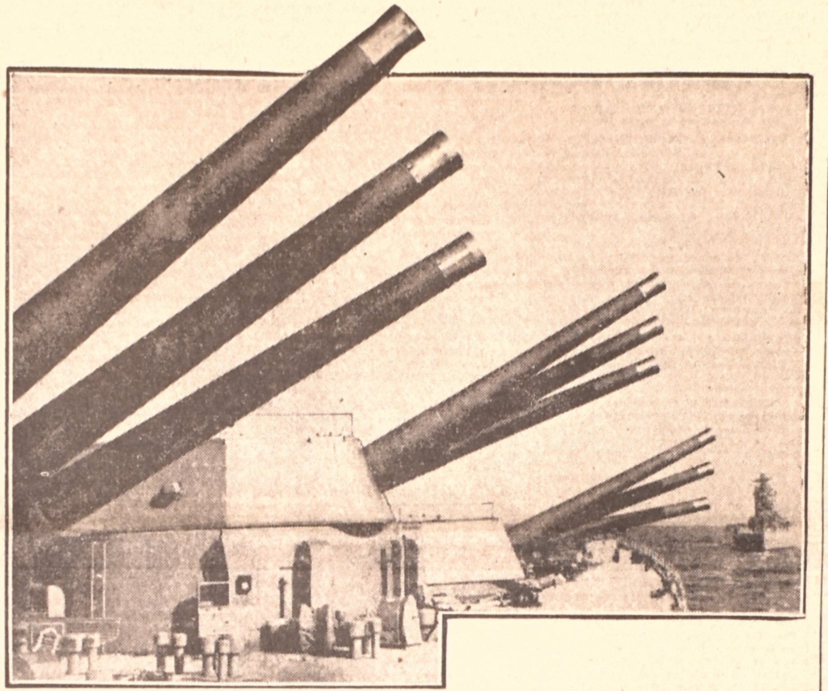
El pampero ha arrastrado los recuerdos, pero no ha conseguido destruirlos totalmente. Y la imágen la payador vive todavía con un encanto extraño, no solo en virtud de la intensidad de su leyenda, sino por el enigma contradictorio que envuelve su destino. Ya nuestros abuelos presintieron que algo vital, muy profundo, muy intimo, acababa para siempre en el ciclo de los payadores. Pero ninguna de las generaciones que precedieron a la nuestra comprendió el verdadero significado de ese impulso nativo de creación, cuyo rastro se encuenttra de tarde en tarde junto a los recuerdos que ya palidecen o entre los rescoldos de la charla familiar. De ahí que para el observador celoso de su responsabilidad intelectual, no basta la contribución de la memoria ajena. Nada más necesario que el llamado a una experiencia propia que, aún cuando imperfecta, sirva para desentrañar toda la misteriosa fascinación del payador librado a sus instintos polémicos y a sus sentimientos de belleza. A través de mi observación personal en nuestro interior, en la campaña argentina y en la de Río Grande del Sur, la figura del gaucho que improvisa poéticamente sobre su destino ha aparecido bajo un aspecto muy distinto de aquel que la fantasía literaria se empeña en ver todavía. Desde luego que resulta más interesante para la verdadera tradición sorprender al payador en su medio natural, con toda su salvaje espontaneidad, sin los acicalamientos y retoques que deforman los motivos auténticos de su existencia. Por lo pronto, el control riguroso de ese fenómeno sugerente del arte nativo confirma su recia originalidad. No existe, en efcto, en ningún folklore nada que se aproxime a nuestro payador. La pedantería se ha ensañado con él, buscando normas explicativas casi siempre absurdas. Se le ha comparado a los aedas y rapsodas de la antigua Grecia, a los "minnes anger" de la Germania medioeval y a los troveros de la "lengua de Oc" que repetía con variantes más o menos acentuadas las mismas intrigas de amor, los ritmos de la gesta de Rolando o las viejas fábulas nórdicas que habían bajado hasta el mediodía lleno de sol, llevando todo su fardo de sueños melancólicos y de brumosas tragedias. Nada más falso que esas similitudes. La payada no obedece a ningún texto previo, sino que constituye una forma de creación artística personal.

El gaucho más primitivo que canta ya sea sobre sus inquietudes o sobre las cosas que le rodean, es un creador, puesto que no repite nada pegado artificialmente a su espíritu, sino que recoge del fondo de su inspiración la armonía de color y de ritmo que da a su propia vida el sentido poético que la embellece. En cambio, no fueron improvisadores ni los aedas que transmitían las hazañas de Héctor y Aquiles, ni los rapsodas que pasaban de una generación a otra los poemas de la guerra de Troya. Cierto que habría sido pueril suponer que los mismos versos fuesen repetidos fielmente por los travadores de la antigüedad. Pero de cualquier manera existía un autor, la concepción artística sujeta a reglas, con objetivos que no podían considerarse imprevistos y que los azares de la memoria individual no alteraban fundamentalmente. Lo mismo puede afirmarse de los troveros de la época medioeval. Eran recitadores, pero con valor extraordinario en un período en que los medios de difusión artística reposaban únicamente sobre la labor lenta y penosa de los copistas. En cambio el payador no recita poemas ajenos: es el único intérprete de sí mismo. Prefiere a la belleza resplandeciente que le puede venir de los otros la imágen acaso rústica, pero más viva porque es suya, porque le pertenece por entero. Ningún ritmo que no fuese propio podría brotar de sus labios con esa gracia silvestre que huele a campo nuestro, a terruño, y que dibuja en el aire, para la vida de un segundo, fantasías que podrían ser eternas. Lo que hay de inolvidable en la vida de los payadores es precisamente el acervo impreciso de personalidad que perdura sobre todos los textos escritos. Porque al final de cuentas, el arte encarna una fuerza tanto más subyugante cuanto què todas las vagas intuiciones del espíritu se condensan en un poderoso individualismo de expresión.

Por eso el payador, como forma nuestra de arte autóctono o como elemento representativo de nuestro paisaje histórico, no debe estudiarse en los libros ni a través de ninguna documentación arbitraria. Esto mismo que yo estoy diciendo no puede dar más que mi imagen personal sobre el espectáculo multiforme de la payada. Lo que he visto y oído, no constituye otra cosa que un minuto de ese lirismo secular. Habría significado, no obstante, una tarea casi imposible recoger la inmensa floración de poesía que, a través del tiempo, nuestro campo ha ofrecido tan espontáneamente como sus talas o sus matas de espartillo. Porque el auténtico payador es anónimo como su obra. Ya parezca erizarse en dardos acerados como la espina de la cruz; ya dé en florecer con la púrpura sangrienta del ceibo, con el violeta suave del cardo o con el oro pálido del espinillo, el viento de las pampas que constituye siempre la última nota del drama campero acabará por dispersar los pétalos de la emoción y del canto. Porque no hay payada posible que no tenga algo de campo criollo, de campo nuestro, con olor cimarrón de monte y de estero.

No hay que buscar, pues, al payador auténtico en esa portentosa fuente extranjera, que se identificó con nuestros valores tradicionales. Repito que la creación artística de los payadores se pierde en la sombría de nuestra historia. Pero la noche criolla devuelve en forma de sugestiones qeu poseen toda la misteriosa profundidad del anónimo, los destellos fascinantes del canto cimarrón. He ahí el primer vagido de arte rioplatense. He ahí la primera manifestación de un pensamiento verdaderamente nuestro, porque todo él significó desde los comienzos una áspera rebeldía contra el dominio colonial. Porque no existe el gaucho fuera de la guerra; él es ante todo soldado, con dos formas igualmente primitivas para afirmar su autonomía: la lanza y el canto. La nacionalidad es hija de ese sentimiento criollo de independencia, que no conocía otras formas más simples para expresarse. De ahí el lamentable confusionismo sobre lo que debe entenderse por gaucho. Don Vicente Rossi, un montevideano de ley que hace muchos años reside en la ciudad argentina de Córdoba, ha sido uno de los pocos que dió con la verdadera definición, puesto que no concibe al gaucho sino como soldado, como guerreador, como símbolo nativo del entrevero. Por algo separa radicalmente del paisano, que constituye el tipo criollo de transición entre el estado ganadero y el estado agrícola. Existe una diferencia capital, en efecto, entre el gaucho que en 1811 esperaba en los montes del Río Negro la primera partida alzada para incorporarse, sin más vivienda como defensa de la intemperie que cueros de vacuno atados con tientos a los troncos indígenas, y el paisano que, rodeado de gallinas que picotean mansamente a su lado, toca la guitarra a la puerta del rancho, o discurre en la pulpería, mientras detrás de la reja, suena la radio que lo pone en contacto con el mundo. El gaucho auténtico no conoció otra música que el silbar de la calandria y de los horneros en la madrugada, el zorzal en la hora ardiente de la siesta, el sabiá al atardecer. Y en las noches la alarma de los teros, mezclada al grito gutural de los zorros y al alarido del indio. su oído era tan fino que percibía el paso afelpado del yaguaceté sobre la hojarasca. Pero su imaginación, tan limitada como su mundo, no volaba más allá de la espesura del monte virgen, en el campo sin árboles, reducido por el filo agresivo de las cuchillas, donde la inmensidad era lo único que ponía un freno de misterio al vigor incansable de la cabalgadura. Resulta en verdad, harto difícil, conservar los caracteres propios, luchando ventajosamente con la proximidad de la urbe moderna, tentacular, barrida por la resaca extranjera. Por otra parte la leyenda del gaucho empieza a palidecer desde en que se plantó el primer poste de alambrado. El gaucho se sintió disminuido y rebajado en su soberanía. Porque menos personal y autóctono que el paisano aparece todavía ese curioso tipo criollo destinado a vivir permanente bajo la influencia del suburbio cosmopolita. En los comienzos de la guerra europea conocí en las islas del Delta a uno de esos ejemplares nativos cuya estructura gaucha aparece debilitada por el roer implacable de los modismos de importación. Don Sandalio había guerreado con el General Arredondo, y era en ese orden el tipo definido de la epopeya cimarrona. Pero los colonos peninsulares que venían de San Fernando a cuidar de los frutales de las islas, le habían dejado, con el hábito del toscano, una curiosidad enfermiza por las cosas de Europa. De ahí que cuando sus manos viejas y temblonas pulsaban la guitarra, y el canto se abría paso entre la barba amarillenta de tabaco, mezclaba a los vocablos autenticamente gauchos palabras de dudoso criollismo, procedente del arrabal porteño. De la misma manera en sus payadas, vivía un pintoresco mundo anacrónico: el General Joffre se codeaba con San Martín y las batallas de la Independencias aparecían como episodios de controversias políticas recientes en la Argentina. En un plano menos criollo todavía, debemos colocar al famoso Gabino Ezeiza, a quien los hombres de otra generación aplaudieron con entusiasmo. Ezeira era el improvisado orillero, no exento de belleza, pero que movía escasos motivos gauchos. El payador no fué jamás una creación artificial, manejada como en el teatro por la exigencia de un público. Y Ezeiza era un gaucho de bastidores que debía someterse a todos los convencionalismos que forja la preferencia colectiva, la cual en fuerza de estilizar al objeto de su admiración, acaba por convertirlo en una cosa muerta. En cambio, el auténtico payador, no cabe entre las paredes de un bodegón de extramuros. El verdadero payador es fuerza irresistible de la naturaleza que arrasa con todas las fórmulas. Canta para sí mismo sin preocuparse del mundo. El canto cimarrón florece con la misma fatalidad del matorral que viste sus galas durante la primavera sin pensar en el aplauso de los espectadores. Hernández nos dá una idea bastante completa del cuadro de los payadores. Cierto que "Martín Fierro" es obra de la ficción poética, y que la realidad resulta menos lógica, menos coherente, que la vida de un héroe imaginario. Es que el espíritu de Hernández, pueblero, vale decir, europeo, se sobrepone siempre al espíritu del gaucho y habla en su lugar.

ORGULLO INGLES



El formidable "Rodney" de la escuadra británica, en las últimas maniobras realizadas por la marina inglesa, muestra el impresionante poderío de sus bocas de fuego que en estos momentos pesan como razones en el conflicto europeo

bicioso en el tamaño de la alfombra!